

Asturias 1934. Nuestra Comuna

Es cierto que en un período histórico como el presente, en 75 años ha cambiado, radicalmente, el mundo. Cambió radicalmente con la II Guerra Mundial, y lo ha vuelto a hacer –para peor– con la restauración neoliberal. En esta última fase, en la que el fundamentalismo del mercado ha ido de la mano con la “mayoría moral” religiosa, parece que lo único anacrónico ha sido la tradición emancipatoria. La amalgama Hitler/Stalin ha llegado hasta Thomas Münzer, Savonarola sin olvidar Akenaton, después de pasar, claro está, por Lenin. El socialismo era el problema y no la solución, sintetizaba Vizcaíno Casas, perfecta representación del maridaje entre el viejo franquismo y el nuevo “liberalismo”. Este cuadro podría complementarse con unos sindicalistas hablando de que hay que mejorar la “competitividad”.

Dentro de esta nueva perspectiva, los hechos de 1934 han adquirido un relieve inesperado. A la hora de ponerse una camisa nueva con la historia, los intelectuales orgánicos de la antigua España “nacional” han echado mano a ellos para estructurar una nueva versión histórica en la que el golpe militar-fascista del 36 se justificaría, no ya por una “conspiración comunista” sino por la insurrección de Asturias. Al final de cuentas, el franquismo habría sido un instrumento para contrarrestar la “*tentativa totalitaria*” (Jean-François Revel), y llevar a cabo un desarrollo económico cuyo producto más importante sería una clase media con la cual esta democracia ha podido evitar los extremos. Con esta construcción, y con ocasión del debate en las Cortes sobre la condena del golpe franquista, un diputado del PP podía echar en cara a Joan Tardá, que ellos estaban contra el golpe del 36 pero también contra el del 34. Es lo que permite a personajes como Esperanza Aguirre decir que ella está contra los “totalitarismos” de cualquier signo, y que nadie diga nada.

El llamado “revisionismo” histórico no es otra cosa que la adaptación retrospectiva de la lectura de la derecha de una historia oficial que ya no podía ser tan bestia como antes. Expresaba una contraofensiva conservadora frente a una “izquierda” que había quemado a todos sus dioses. En aras de la “concordia”, el socialismo *light* echaba siete llaves sobre las tradiciones socialistas. En nombre de la modernidad (todo comenzaba con la caída del Muro...) se condenaba

todos los demonios que se habían escapado para colocar el franquismo contra el muro. Ahora los empresarios podían respirar tranquilos. Derecha e izquierda partían de una doble premisa común: la monarquía constitucional, y la democracia liberal como el “*horizonte insuperable*” (Jorge Semprún). Y al igual que ahora el movimiento obrero quedaba reducido al servicio, en la crisis de los años treinta se le sometía a los imperativos de la República. La de Azaña y Negrín, que no la de Largo Caballero. La razón la proclama Enrique Moradiellos: la historia existe como interpretación. Ya que el socialismo había sido “una ilusión”, no había otro punto de mira más adecuado que el de la democracia liberal. Fuera quedaban las turbulencias, como si la historia de la libertad y la justicia hubiese sido una alfombra.

Desde esta lógica, lo del 34 fue un desvarío que, si acaso, se explica como una reacción comprensible frente al sesgo amenazador que estaba tomando la extrema derecha en Europa y la CEDA aquí con su “contrarreforma agraria”, sus movilizaciones de signo fascista (Covadonga, irrupción de pistolero falangista...), el recorte de las libertades autonómicas, y las proclamaciones restauracionistas. No se habla apenas de la Alianza Obrera, y mucho menos de Asturias, aunque siempre cabe el procedimiento de declarar que entonces se hizo lo que se hizo, lo mismo que ahora se hace lo que hay que hacer (Rodríguez Ibarra).

En este “dossier” se ofrecen diversas reflexiones sobre todo aquel pasado que no cesa. Se habla del frente único, de la historia de Alianza Obrera, de Cataluña y Madrid, así como del debate interno en la CNT, sin olvidar unos apuntes bibliográficos para quienes quieran andar más allá. No ha quedado mucho espacio para contar la insurrección del UHP en Asturias que fue lo que en realidad dio calado a todo lo demás.

La insurrección de Asturias emerge como una excepción que ha sido comparada con la “Comunne” de París. Fue una experiencia de democracia obrera y de revolución social que demostró –por si hacia falta– cuál era el latir de la mayoría trabajadora, precipitando lo que en otros lugares comenzaba a forjarse.

En cuanto a la plataforma de Asturias, todavía resulta más precisa en su contenido clasista. Habla de imponer “*la acción mancomunada de todos los sectores obreros, con el exclusivo objeto de promover y llevar a cabo la revolución social*”, ante lo cual, se establece un pacto para trabajar “*de común acuerdo hasta conseguir el triunfo de la revolución social en España, estableciendo un régimen de igualdad económica, política y social, fundado sobre los principios socialistas federalistas*”. A tal efecto se “*constituirá en Oviedo un CE (Comité Ejecutivo), en representación de todas las organizaciones adheridas a este pacto, el cual actuará de acuerdo con otro nacional y del mismo carácter para los efectos de la acción general en toda España*”.

Una vez impulsado este acuerdo nacional *“cesarán todas las campañas de propaganda que pudieran entorpecer o agriar las relaciones entre las partes aliadas, sin que esto signifique dejación de la labor serena y razonada de las diversas doctrinas preconizadas por los sectores que integran la Alianza Revolucionaria, conservando, a tal fin, su independencia colectiva”*. Sobre esta base, se *“elaborará un plan de acción que, mediante el esfuerzo revolucionario del proletariado, asegure el triunfo de la revolución en sus diversos aspectos y consolidándola según las normas del convenio establecido”* de *“obligada vigencia tanto en el período preparatorio de la revolución como después de triunfar”*. Precisa que se trata de *“un acuerdo de organizaciones de la clase trabajadora para coordinar su acción contra el régimen burgués y abolirlo, aquellas organizaciones que tuvieran relación orgánica con partidos burgueses las romperán automáticamente para consagrarse exclusivamente a la consecución de los fines que determina el presente pacto”*.

Antes que cualquier otra cosa, la insurrección de Asturias fue una experiencia de unidad. Ésta se hizo cuerpo en todo los lugares (ciudades, minas, empresas) aunque en principio fuesen de mayoría cenetista (Gijón y La Felguera), o socialista (Sama y Oviedo). Se fue más allá de lo habían planeado los líderes socialistas, y en contra de la lógica sectaria que en la CNT había impuesto la FAI que, en la fase anterior, había tratado de acelerar la revolución por su cuenta. Lo que funcionaban eran los comités mixtos y cuando éstos dieron la orden de huelga, la noche del 5 de octubre, toda la cuenca se inflamó, arrastrando a la mayoría trabajadora. Durante quince días, la lucha, creadora de la fraternidad y del entusiasmo, mantuvo un poderoso espíritu unitario que incluía temperamentos y formaciones tan dispares como los de los viejos jefes ugetistas Belarmino Tomás o González Peña, o como sus émulos anarquistas Eleuterio Quintanilla y José M^a Martínez. Los fines de la clase trabajadora estaban por encima de las banderías.

Se trató de un auténtico episodio de “orden revolucionario” que fue aceptado plenamente por los anarquistas, que confundían insurrección con disolución social. Como ya había sucedido en la Rusia de 1917, diversos testimonios aseguran que en el seno de los comités mixtos, los anarquistas fueron los partidarios de la disciplina más “dura”. Todo se debatía en lo común, y desde el acuerdo se impusieron medidas “políticas” clásicas (poder, represión), e imposiciones sociales (reparto, supresión de la moneda). La “comuna asturiana” tuvo un alcance reducido, pues no tuvo tiempo de ser legisladora; y su comunismo fue “de guerra”, pero dejó claro que estas cosas se podían y se sabían hacer.

Igualmente fue una lucha militar desarrollada como una ofensiva revolucionaria que trató de clausurar los cuarteles, apoderarse de las fábricas de armas,

tener las comunicaciones aseguradas. En este trayecto, Gijón fue pronto ganada, Oviedo tuvo que ser duramente conquistada. Fueron las fuerzas represivas las que se vieron sitiadas por una fuerza que se apoyaba en los mineros que siguieron con sus propósitos incluso cuando quedó claro que Asturias se había quedado sola ante la inoperancia de líderes nacionales socialistas y cenetistas.

Estamos pues evocando una historia de afirmación revolucionaria. Se estaba peleando por un pacto que fue firmado sin objeciones por todas las tendencias, y en el que quedaba muy claro que la insurrección era *“para lograr el triunfo de la revolución social en España, implantando un régimen de igualdad económica, política y social, basado en los principios del socialismo federalista”*, una voluntad que se mantiene hasta el final: así, el manifiesto que anunciaba la rendición, justificaba ésta como un *“alto en el camino”*, y hacía un llamado a la continuación de la lucha. Así, el último llamamiento del Comité Provincial a todos los trabajadores, firmado en Sama, concluye: *“Nosotros, camaradas, os recordamos esta frase histórica: “Al proletariado se le puede derrotar, pero jamás vencer”*.

Trágicamente, el aislamiento y la rendición acabaron ofreciendo una experiencia de represión que ya se había probado en Casas Viejas. La “Comunne” de Asturias fue atacada a la vez por tierra y mar. Se evitaron las tropas “normales”, y se enviaron las tropas coloniales (una de las asignaturas pendientes de la República), con las hordas legionarias y los mercenarios “moros”. Se trató de un auténtico ensayo para la guerra civil. Algunos generales como Yagüe (el insigne caballero que todavía tiene edificios públicos a su nombre) y policías (Doval), que compitieron en brutalidad. Aplicaron el estado de guerra amén de una férrea censura. El pueblo trabajador fue literalmente martirizado durante tres meses por el “terror blanco”. Franco emergió como el “salvador”.

La izquierda militante no puede renunciar a sus tradiciones, a su memoria y legado. Para saber a dónde se va hay que saber de dónde se viene, y de las grandes batallas hay que aprender de dónde se viene. Pero de ningún modo se trata de quedarse ahí: el principio fundamental del ideario socialista es que todo cambia, y que por lo tanto, las adquisiciones programáticas y teóricas tienen que ponerse al día constantemente. Por eso al hablar de este ayer hablamos también de mañana sin perder el hilo rojo de una continuidad histórica viva, abierta y pluralista.

P. G-A (editor)